

—Señora, os amaba, sentía por vos pasión; pero amo á Esperanza, la amo, señora.

—¿Entonces era un capricho lo que sentíais por mí?

—No sé cómo explicaros esto.

—Caballero, hacedme la gracia de salir de mi casa—dijo Doña Catalina mostrándole la puerta con ademán terrible.

—¡Señora!—contestó Leonel levantándose pálido como un cadáver.

—Sí, salid de mi casa; jamás hombre alguno se ha permitido semejante cosa: salid, salid, y tened entendido que yo sabré vengarme de vos y de esa mujer.

—¿De ella? ¿y por qué?

—Porque ella es la causa de esta herida que haceis á mi orgullo; porque, ahora os lo confieso, habia llegado á amaros, á amaros de veras, como no habia amado nunca á nadie; porque habia yo consentido ya en ser algun dia vuestra esposa, sí, y por esa mujer que os ha olvidado, me injuriáis: idos, Don Leonel; os aborrezco, os desprecio, idos, y cuidad de vos, porque me vengaré, os lo juro, me vengaré.

Y Catalina, agitada y con el rostro encendido por la ira, salió de la estancia, cerrando tras sí violentamente la puerta, y dejando á Don Leonel espantado de aquella fogosidad de pasiones que no conocia.

El jóven tomó su sombrero, y como un loco salió á la calle, sin saber adónde dirigirse.

Catalina entró á su aposento trémula y palpitante, se arrojó en un sitio y rompió en llanto.

¿Eran las lágrimas del dolor, ó las de la desesperacion? Ella misma quiso saberlo; pero pensó en que no volvía á ver á Don Leonel, y el llanto fué mas abundante. Entonces comprendió su desgracia; estaba verdaderamente apasionada de Don Leonel.

Poco despues llamaron á la puerta; Catalina limpió sus ojos violentamente y procuró tomar un aire sereno y tranquilo.

—Que pasen—gritó.

La puerta giró sobre sus goznes, y la vieja Doña Catalina entró al aposento.

—Hija mia—le dijo—todo está terminado: Don Alonso de Rivera es, como lo viste ya, el esposo de Doña Esperanza ante Dios y los hombres, y gracias á mí, vosotros sois ya legítimos dueños de las riquezas de Don Pedro de Mejía.

—Me alegro—contestó secamente Catalina.

—¡Válgame Dios!—dijo la vieja—qué frialdad para recibir una noticia tan grande! Pues no creas que no ha costado mucho trabajo conseguirlo; la tal jovencita tiene un carácter de hierro, y estaba apasionada del Don Leonel con todas las fuerzas de su alma.....

Catalina necesitó hacer un esfuerzo muy grande para no volver á llorar.

—A no haber sido—continuó la vieja—por el ardid de que me valí, es casi seguro que haciéndola cuartos, todavía no se hubiera conseguido nada; pero los celos, ¡los celos! ¡oh! por los celos son los hombres y las mujeres capaces de hacer cualquiera locura.

—Es verdad—murmuró Doña Catalina, porque aquellas palabras de su madre contestaban á sus mismos pensamientos.

—Lo dices eso con un tono, que parece que tú tambien estás celosa: sea por Dios, aquí todos están locos; quizá se te meta á tí el demonio de tener celos de Doña Esperanza.

—¿Por qué? ¿por qué?—preguntó furiosa Doña Catalina,

como si su madre hubiera penetrado en su corazón y adivinado lo que en él pasaba.

—Vaya, que estás hoy furiosa; pero ya voy creyendo que te has encelado por esa muchacha.

—¡Madre, por Dios!

—Lo dicho; á tí te pasó lo que sucede siempre: decias que ya no amabas á Don Alonso, y al ver que le perdías, se te ha encendido la pasión, y das á conocer que le quieres; así sucede, es la verdad.

Como aquello era lo que habia pasado á Don Leonel con Esperanza, y Catalina lo sabia, las palabras de la vieja le hacian un efecto terrible; parecia que eran estudiadas á propósito para herirla por todos lados, para recordar todo lo que habia pasado con Don Leonel, para convencerla de que aquel hombre no podia amar á otra mujer más que á Esperanza.

—Así es el corazón—continuó la vieja—se apasiona cuando no debiera, deja pasar la dicha á su lado sin advertirlo, ó la desprecia; ama lo imposible, nunca encuentra amor correspondido; es el trabajador constante de su desgracia, y..... ¿pero qué es esto? ¿te pones mala?

En efecto, Doña Catalina se habia dejado caer desvanecida sobre una mesa que estaba á su lado.

—Cuidado, muchacha—decia la vieja procurando hacerla volver en sí;—vamos, ¿qué, te has vuelto sensible cuando menos lo temia yo? ¿Ha pasado?

—Sí—contestó Catalina—fué un ligero desvanecimiento.

—¿Pero qué es esto? ¿qué tienes? ¿ahora lloras? Catalina, ¿qué te sucede? todo esto es muy extraño en tí: dime, no me ocultes nada.

—Señora, soy muy desgraciada.

—¿Desgraciada tú, ahora que eres rica? ¿cuando eres jóven y bella?

—Sí, soy desgraciada.

—¿Pero por qué?

—¿Creeis, señora, que ese Don Leonel me ha despreciado, y lo que es más, me ha confesado que ama aún á Doña Esperanza?

—¿Y eso te apura? Vaya que eres tonta: tú, tan jóven y tan hermosa, puedes tener aún cien amantes mejores que ese mozuelo, y ahora rica, aun cuando estuvieses como yo, te sobrarian amantes: si yo no hiciera ya tan poco caso de todo eso, con lo que yo poseo, que no es ni la décima parte de lo que tú tienes, me alcanzaria para proporcionarme diez amantes, apuestos, jóvenes y buenos mozos.

—Pero, madre.....

—¿Ya tenias capricho por él? lo comprendo; yo tambien en mis mocedades tenia capricho por algun mozo de los de mis tiempos, y sin darme razon yo misma del por qué; pero estos caprichos me preocupaban, y como yo era tan guapa como tú, no paraba hasta que me salia yo con la mia: así es que no te desesperes; ese jóven volverá y caerá á tus piés; con tu cara y tu garbo no se resiste tan fácilmente un hombre: esa historia del casto José, solo porque está en la Biblia la creo; la verdad es que la mujer debe haber sido ó muy fea ó muy tonta; pero ahora ya no hay de esos Josés, y los hombres dicen que nosotros somos débiles; pero ellos... ya, ya verás.

—No, madre, no es un capricho, os lo confieso; yo estoy enamorada de Don Leonel, celosa, sí, horriblemente celosa de Doña Esperanza.

La vieja soltó una carcajada de burla, que hizo estremecer

á Catalina, que como todas las mujeres, habia tenido su época de ser espiritual.

—Cosa mas divertida!—decia sin poder contener su risa la vieja;—¿tú enamorada? ¿tú, mi hija, criada en mi seno y educada con mis ideas? Vamos, Catalina; si no estás loca, no sé cómo tienes valor de decirme semejante cosa, á mí que sabes que no creo en esas pasiones de leyenda, y que te conozco á tí como que eres mi hija, y que te he criado y educado, y que te he visto cambiar de amantes como de trages.

—Es verdad eso por desgracia; pero tambien lo es que yo amo á ese hombre.

—Pero aun suponiendo que eso sea así, ¿qué te impide que tú tengas amores con él? Ni tú ni él sois casados; ya te habrás vuelto escrupulosa, sin recordar que tu padre mismo era un hombre casado, y no conmigo.

Por acostumbrada que estuviera Catalina al lenguaje cínico y soez de su madre, sin embargo, en aquellos momentos le hizo una impresion dolorosa; la mujer vulgar estaba enamorada, y el amor la enaltecía; la Mesalina se tornaba en Magdalena.

—¡Por Dios, madre!—exclamó—no me habéis así, os lo ruego por Dios, no me habéis así.

—¿Pero qué es esto? no te conozco; pero si amas á ese hombre, no sé para qué demonio puedas quererlo.

—¡Madre!

—A no ser que te figures que pueda casarse contigo.

—¿Por qué no? si le amo, si él puede volver á amarme.

—¡Válgate Dios! ¿estás loca? ¿piensas que hay dos Pedros de Mejía? Vamos, Catalina, vuelve en tí, y confórmate con el papel que te ha tocado en el mundo, sin andar pensando en locuras.

—Pero sí, yo seria muy feliz con ser su mujer—contestó Catalina con esa terquedad propia de los enamorados.

—Eso es imposible.

—¡Imposible! ¿por qué?

—¿Crees, tonta, que ese hombre no sabrá lo que eres y lo que has sido, que si lo sabe antes no te tomará nunca por su mujer, y si lo sabe despues del matrimonio, no te arrojarán de su casa sus lacayos? ¿crees que no conozca á algunos de los muchos que te han llamado suya en México, que han gozado de tus encantos? Oh! desengáñate y no quieras volar mas que hasta donde puedas.

—Pero si él conociendo mi vida.....

—¡Locura! ¿se uniría contigo nunca cuando supiera que desde los quince años de tu vida estás entregada al vicio, y que desde esa edad comercias con tu hermosura?

—Decid mas bien—exclamó Catalina furiosa—que vos sois la que habeis comeciado conmigo, la que entregásteis mi virtud y mi inocencia, la que procuró corromper siempre mi corazon y mancillar mi espíritu como mancillásteis mi cuerpo: sí, vos, señora, que no habeis sido para mí una madre, porque no habeis visto en mí una hija, sino una mercancía para enriqueceros.

—Y tú tambien has enriquecido.

—Sí, yo tambien he adquirido á costa de mi honor, esas malditas riquezas, cuyo peso no conocia hasta este momento, porque me siento regenerada, señora, porque abro mis ojos á la voz de la verdad, porque comprendo que soy rica, pero que valgo menos que la esclava mas infeliz; porque con mil tesoros mas de lo que poseo, no conseguiria volver á la inocencia ni á la virtud; porque pobre, miserable y cubierta de harapos, quizá conservaria la ilusion de ser la esposa de un caballero; no tendria que ocultarle mi nombre ni mi

historia, no bajaria mi frente con vergüenza delante de esa Esperanza á quien hemos hecho desgraciada, y que, lo confieso á mi pesar, es mas digna del amor de Don Leonel que yo; yo, que podré comprar amantes como vos decís, pero nunca inspirar una pasion ardiente y pura, una pasion noble: para mí los torpes placeres del amor, pero nunca el dulce goce del alma, del corazon, del sentimiento: estoy condenada eternamente al pecado y á la desesperacion.

—Catalina, tú deliras—le dijo la vieja, asombrada del giro que tomaban las ideas de su hija.

—Sí, deliro, deliro porque comprendo lo que encierra de terrible mi situacion; porque comprendo lo que soy, lo que valgo en el mundo: sí, señora, esto es lo que me hace delirar: ¿quién soy yo, madre? ¿quién soy? una mujer perdida, deshonorada, que cubre con el oro su vergüenza, que tiene que ocultar para unos su verdadero nombre, que tiene que ser Estela para Don Pedro de Mejía, que engañado le dió su mano, y que no puede dejar de ser Catalina para los demas: Catalina, la desgraciada, la dama de picos pardos, la mujer que ha vendido su amor, que ha comerciado con su belleza, que no puede ni aun alentar la esperanza de ser digna nunca del amor del hombre á quien ama por vez primera.....

La madre escuchaba sin atreverse á contestar aquel torrente de palabras; Catalina estaba como fuera de sí.

—¡Oh! y lo que es vos, señora, me enseñais el abismo profundo, inmenso, espantoso, en el que estoy sumida, en el que vos me hundísteis, sin mostrarme la luz siquiera de una esperanza: decidme, vos que recordais mi vergüenza y mi rubor con el primero de mis amantes, vos que desvanecísteis mis temores, vos que le ayudásteis á burlar mi candor, haciendo brillar á mis ojos sus joyas y el oro, que

me abandonábais á solas con él para que insensiblemente bebiera el veneno dulce de su seduccion, ¿qué hago hoy? ¿qué hago para ser digna del hombre que amo? decidme, señora, vos que sois mi madre.

—El arrepentimiento—dijo como instintivamente la vieja.

—¿El arrepentimiento? ¡Oh! sí, lo sé, lo sé; el arrepentimiento me abrirá las puertas del cielo si persevero en él, si hay un Cristo que me sostenga en mi propósito; pero eso es la muerte, esa es mi despedida de la tierra, ese es el principio de la penitencia y de la austeridad; pero yo no quiero todavía el cielo, señora, porque amo á un hombre, ¿lo entendeis? porque daria todo mi ser daria mi alma porque ese hombre fuera mio, porque sin su amor no comprendo ni la vida, ni el cielo, ni la salvacion, porque me habeis perdido para el mundo y para la eternidad: yo amo á Don Leonel, y por él, por él no mas, no por el cielo, siento el haber pecado, porque sin sentirlo he llegado á adorarle; es mi Dios, es mi todo; él mueve mi corazon para aborrecer el cielo en que he vivido; sin conocerle, sin amarle, nunca hubiera pensado en esta contricion que siento por él, y si fuera capaz de perdonarme siquiera mis extravíos, si comprendiera lo que siento haberle ofendido antes de conocerle, ¡oh! sería yo muy feliz, aunque muriera en el acto. Dios mio, ¿por qué no conocí á este hombre cuando era pura? ¿por qué le he conocido ahora que no soy mas que una ramera, una infame?

Y Catalina, sofocada por aquel supremo esfuerzo de pasion y de entusiasmo, cayó de rodillas en el suelo y se recostó en el asiento de un sitial, sollozando.

La madre espantada, la contemplaba en silencio; era la primera vez que el relámpago del remordimiento alumbraba aquel corazon endurecido por el vicio.

XXXII.

En el que se prueba que una hija puede hacer la conversion de su madre.

CATALINA seguia llorando y sollozando, y como una estatua la vieja la miraba, haciendo entre sí terribles comentarios de aquella escena.

Despues de un largo rato, la jóven volvió el rostro algo mas sereno, y dijo con tristeza:

—¿Aun estais ahí, madre mia?

—¿Podia yo acaso haberte abandonado así? ¿no eres mi hija?

—¡Ah, sí!—exclamó Catalina levantándose—sois mi madre, porque solo una madre podia haber escuchado con paciencia cuanto os he dicho: deben haber sido cosas horribles.....

—Horribles, es la verdad; pero he sentido no sé qué en mi alma, he conocido que hay una realidad que yo me empeñaba antes en no ver; sí, he oido de tu boca cosas horribles, pero yo las merezco.....

—Perdonadme, señora, perdonadme, porque estaba loca, loca; soy muy desgraciada, mucho, muy desgraciada.....

Y la jóven volvió á llorar amargamente.

—Hija mia, pobre hija mia, conozco todo el peso de tu infortunio; ven, consuélate, consuélate y perdóname, porque yo soy la causa de todo, alma mia.—Y Doña Catalina se sentó en un sitial y atrajo sobre su regazo á su hija y la sentó allí como si fuera una niña.—Yo soy la causa de todo, hija mia; ¿pero qué quieres? yo no tenia educacion, ni religion, ni nada, ni sé á quién debí el sér, ni conocí á mis padres; me crió un soldado, y en mi juventud los hombres usaron de mí como un instrumento de placer, y nada mas; y uno tras otro me abandonaban, y nunca creí en amor, ni en pasiones, porque estas eran para mí palabras sin sentido; no conocia ninguno de los goces del corazon, y pasó mi belleza, y me encontré pobre y despreciada: entonces creias tú, bella y sola tambien, y yo en mi vida quise encontrar lecciones para la tuya, y creí, y eso te enseñaba, que era todo en la vida conservar con el placer la utilidad y ganar con las gracias y la belleza de la juventud oro para tener una vejez tranquila y no vivir en los últimos años con el amargo pan de la caridad, y pedir á un hospital un jergon y un Crucifijo para hacer el último trance.

—¡Pobre madre mia!

—Oyeme, óyeme hasta el fin: así te eduqué; creí que lo habia conseguido todo cuando te ví rica, y en los momentos mismos de mi triunfo, tu voz me dice: «madre mia, me habeis perdido; ¿para qué quiero ser rica si no puedo ser feliz? ¿para qué sirve el oro cuando se tiene el alma de cieño? ¿para qué voy á tener las comodidades del lujo, si el infierno está en mi corazon?»

—Perdonadme, perdonadme.

—No, no tengo de qué perdonarte; tú eres quien debe darme el perdón: Dios me entregó un ángel, y yo le vuelvo una mujer perdida.

—Madre, madre!

—Sí, una mujer perdida, Catalina; pero yo haré por tí cuanto quieras: ¿qué quieres que haga yo por tí, por ese Don Leonel? Por ahora sí creo en el amor, y en la pasión, y en todo, en todo.....

—¡Oh! así, así me gusta veros, abriéndome las puertas de la esperanza: ¿creéis que tendré remedio?

—Sí, mi vida; un arrepentimiento como el tuyo, que es capaz de borrar hasta la huella del vicio, que redime el alma delante de Dios, ¿cómo no ha de encontrar gracia delante de un hombre? Sí, creo que él se conmovió cuando le veas, cuando le digas: «Don Leonel, por Dios no he hecho lo que hago por tí; si lo hiciera por Él, Él me miraría con amor: mírame tú siquiera con lástima.»

—Sí, sí, eso le diré, eso le diré—exclamó Catalina loca de contento—y me oirá, y su corazón, que es noble y grande, conocerá lo inmenso de esta pasión que me purifica y me engrandece, y me mirará siquiera, porque yo he nacido para amarle, para servirle, aunque sea como la más infeliz de las esclavas de su casa.

—¿Y esa joven, esa Esperanza?.....

—Ese será nuestro eterno remordimiento.... pero no.... ella le amó, ella le ama quizá..... que sufra, que sufra..... ante esa idea, ante el pensamiento solo de que se aman, siento brotar sangre de mi corazón. Me siento con las entrañas de una hiena y sería yo capaz de todo, porque pasan delante de mis ojos relámpagos de sangre y de fuego: ved qué haceis con ella; que no la vea yo nunca, que no oiga ni su nombre, porque me siento ahogar por los celos.....

—Ella ha determinado salir de esta casa é ir á vivir á la de Don Alonso: nada tienes que temer; sus relaciones con Don Leonel están rotas para siempre; un muro de bronce que yo cuidaré de conservar, se ha levantado entre ellos, y uno para el otro han dejado ya de existir.

—Mas vale así, para ella y para mí: ¿y creéis que no se verán, que no volverán á encontrarse?

—Lo creo, y estoy casi segura de que ella va á sepultarse en vida dentro del recinto de la casa de su marido; este matrimonio ha sido la señal del perpetuo retiro para ella.

—Dios lo haga: ¿y cuándo se va?

—Dentro de una hora cuando más, y eso venia yo á avisarte, que voy con ella á dejarla instalada dentro de su nueva casa, para volver de nuevo á ayudarte en tus planes de regeneración.

—Entonces id, madre mía, id, y activad cuanto antes esa marcha, porque yo no puedo vivir bajo el mismo techo que ella; ó yo ó ella debemos salir de aquí.

—Voy, y pronto, muy pronto estaré aquí.

La vieja salió, y Catalina se arrojó otra vez á llorar sobre un sitial.

Poco despues la puerta volvió á abrirse, y Doña Catalina se presentó cubierta con un manto.

—Hija mía—dijo—en este momento me voy ya á dejar á su casa á Doña Esperanza.

—Gracias á Dios, madre mía—contestó la joven;—id, id, y volved pronto; pero por Dios, madre mía, á nadie refraís lo que ha pasado con esa joven, ni los motivos del matrimonio.....

—¡Imposible!.....

—Si Don Leonel lo supiera, sería para mí la última ilusión que se desvanecía.

—No temas, Catalina; aun cuando me costara la vida, no diria yo nunca nada, te lo juro.

—Gracias, madre mia, me hareis feliz.

—Ojalá que pueda hacerte siquiera menos desgraciada!

Y Doña Catalina salió, dejando á su hija entregada á las mas profundas y tristes reflexiones.

Una carroza cerrada esperaba en el patio, y en ella entraron Doña Catalina, Don Alonso de Rivera y Doña Esperanza de Carbajal.

Los caballos partieron arrastrando el carruaje, y muy pronto llegaron á la casa de Don Alonso.

—¿Quereis que os aguarde la carroza?—preguntó Rivera á la vieja.

—No, que se retire; volveré á pié, y vos, si no os incomoda, me acompañareis; algo tendremos que arreglar.

El carruaje dió la vuelta para la casa de Don Pedro, y Doña Catalina y los nuevos esposos subieron á la casa de Don Alonso.

Como éste habia dicho, la casa de Rivera no estaba en estado de recibir á una novia tan jóven, tan bella y tan rica.

La casa de Rivera no era ya aquel magnífico edificio de la calle de la Celada, en que Don Alonso vivia con su hermana Doña Beatriz en los tiempos de su opulencia; no habia ni lacayos, ni carruajes, ni muebles suntuosos. Don Alonso habia llegado casi á la pobreza, y ostentaba lujo solo en su persona; su casa era una pequeña habitacion en la calle de las Atarazanas, con bastantes aposentos, porque todas las casas en México, y sobre todo en aquellos tiempos, eran grandes; pero esos aposentos estaban tristes, sin muebles, sin adornos.

—Esposa mia—dijo Rivera á Esperanza—¿veis con cuánta razon os decia yo que mi casa no era digna de vos?

Esperanza no contestó.

—Pero qué quereis, hombre solo, sin familia, viviendo siempre en la casa de Don Pedro de Mejía, casi nunca me ocupaba yo de lo que aquí pasaba, y era para mí muy duro el llegar aquí: excusad, pues, todo esto, que ya trataremos de componer, y entretanto culpaos á vos misma de haber querido venir á habitar aquí, en lugar de vivir en vuestro palacio.

—¿Adónde está mi aposento, mi cámara?—preguntó Doña Esperanza sin contestar á lo que le decia Rivera.

—Nuestra cámara querreis decir—contestó con sonrisa maliciosa Don Alonso.

—No, mi cámara—repitió con altivez Esperanza.

—Decís bien—dijo Rivera;—la cámara y la casa son de la señora y no del marido: venid.

Y seguido de Esperanza y de la vieja, se dirigió á la que se habia dispuesto cámara nupcial, bien triste en verdad.

—Aquí la teneis, señora—dijo con galantería, dejando pasar por delante á su esposa.

Esperanza contempló desde la puerta aquella estancia sin penetrar en ella, y luego volviéndose á Don Alonso, con aire de mando le dijo:

—Don Alonso, esta es mi estancia, mi cámara, ¿lo entendéis? mi cámara, pero nada mas mia; desde este momento tomo posesion de ella y os prohibo dar un solo paso dentro de ella.

—Pero, señora.....

—Esta es mi voluntad, señor Don Alonso de Rivera.

—Pensad, señora, que sois mi esposa y que tengo derecho de penetrar aquí á cualquiera hora.

—Pienso que no entrareis nunca, que no me vereis mas que cuando yo salga de aquí y os lo permita, que no os acercareis á mí jamás, y que no tocareis ni la orla siquiera de mi vestido.

—Doña Esperanza!—exclamó la vieja.

—Es mi voluntad y se hará.

—¿Pero desde cuándo la mujer prohíbe á su marido acercarse y penetrar en su aposento?—dijo Rivera.

—Desde que los hombres se casan no con las mujeres, sino con sus riquezas: vuestra esposa es la herencia de mi padre; haced de ella lo que os agrada: en cuanto á mí, á quien no os habeis unido sino para tener un título á esa herencia, no os reconozco como esposo, porque bien sabeis que ni os amo ni os he amado nunca.

Don Alonso estaba asombrado, y Doña Catalina, impresionada por la reciente escena que habia tenido con su hija, caminaba de sorpresa en sorpresa, no hablaba una palabra, y solo pensaba en su interior:

—Estas muchachas no son como las de mis tiempos; comienzo ya á creer que existe el amor.

—Señora—dijo en alta voz Don Alonso y como tratando de tomar la autoridad de marido;—señor, debo advertiros que esto es ya demasiado y que he tenido sobrada condescendencia.

—Habeis hecho bien—contestó Esperanza—y espero que así será en lo de adelante, porque es el único camino que os queda.

—Os engañais, señora, porque sabré hacer respetar mis derechos.

—¿Vuestros derechos? ¿y cuáles pensais tener? ¿el título de esposo, de marido de una mujer que no os ama? Os engañais, Don Alonso; antes de casaros conmigo, podíais haberme sacrificado impunemente mandándome asesinar; entregarme á la torpeza de un ladrón, venderme á él como su querida, deshonorarme; pero ahora todo es diferente; ahora tengo títulos para exigir vuestro respeto, para exigir y es-

perar que cuideis de mi nombre y de mi honra, que son los vuestros; ahora vos sois el que tiene que obedecer y que temblar, porque yo puedo denunciar vuestros crímenes, y la sociedad podrá preguntaros si intentais hacerme desaparecer: «¿Adónde está Doña Esperanza de Carbajal?»

Don Alonso y la vieja se miraron: comenzaba ya á oscurecer.

—Don Alonso, os lo prevengo, no entrareis aquí jamás, ni me vereis ni me hablareis sin mi permiso; y en cuanto á vos, señora—dijo dirigiéndose á la vieja—salid de aquí, y en lo de adelante os prohibo presentaros en mi casa, bajo la pena de ser echada por mis lacayos. Don Alonso, haced que vengan unos criados para servirme, y buenas tardes.

Doña Esperanza se entró en su cámara, y cerró con un aire de soberano desprecio la puerta, que casi fué á chocar contra Don Alonso y Doña Catalina, que se habian quedado asombrados.

casa de Don Leonel de Salazar, subió las escaleras, y se mandó anunciar con un lacayo, no dando su nombre, sino solicitándole para una conferencia con una dama encubierta.

Don Leonel hablaba con su hermano el Padre Alfonso. Despues de haber salido de la casa de Catalina despedido por ella y con el corazon despedazado por el matrimonio de Doña Esperanza, Leonel vagó por las calles de la ciudad sin encontrar consuelo, y casi instintivamente entró á su casa y buscó á su hermano.

Don Leonel estaba en una situación incomprensible aun para él mismo; sentia celos horribles por el casamiento de su prima; pero enmedio de su despecho sentia por ella un amor y una ternura infinitas, que luchaban, por decirlo así, como la luz y las tinieblas; con una especie de pasion volcánica que se encendia en su pecho al recuerdo de la belleza de Catalina, á la memoria de su gracia, de su voluptuosidad: el combate entre el ángel bueno y el ángel malo de que hablan las tradiciones cristianas se trababa en su alma; no sabia quién triunfaria por fin: amaba á Esperanza con toda la fuerza de su espíritu, y ese amor, por lo mismo que era imposible ya, se habia vuelto en él mas ardiente; pero adoraba á Catalina con todo el fuego de su corazon, con todo el vigor de su cuerpo: no hubiera sabido qué contestar si le hubieran preguntado á cuál preferia perder, pero tampoco hubiera sabido decir cuál de aquellas dos pasiones era mas vehemente.

Don Leonel necesitaba contar á álguien lo que sentia, lo que pensaba; le era preciso desahogar sus penas en el corazon de un hermano ó de un amigo, porque hay veces en que el placer ó el dolor son de un peso superior al que puede sostener nuestro espíritu y necesitamos buscar quien nos yude á sentir.

XXXIII.

De cómo toda Magdalena puede encontrar un Redentor.

LA noche habia comenzado á tender su manto por las calles de México, y entre aquella incierta claridad y entre aquella dudosa sombra, se vió salir, como recatándose de la casa de Don Pedro de Mejía, á una dama cubierta con un velo negro y envuelta en un gran manton, negro tambien.

Por la gallardía de su talle y por el garbo con que caminaba, los lacayos conocieron á la viuda de su amo, á Doña Catalina, que pasó entre ellos sin dirigirles una palabra, sin ordenar que la siguiese alguno, como era mas que costumbre en aquellos tiempos y en aquella hora.

Doña Catalina salió y atravesó resueltamente la plaza sin hacer el menor aprecio ni mostrar siquiera que oia las flores y las galanterías que le decian al paso los hombres de buen humor que encontraba por la calle, y que la tomaban por una dama de picos pardos que buscaba aventuras.

Profundamente preocupada Doña Catalina llegó hasta la

Don Leonel refirió á su hermano cuanto pasaba en su alma, y cuantos acontecimientos habian tenido lugar en aquel dia.

—Pero hermano mio—decia Don Alfonso—parece increíble que nuestra prima Doña Esperanza, la hija de Doña Juana de Carbajal, criada en tanto recogimiento, se haya atrevido á tanto, se haya olvidado de ese amor que me has dicho que te juró tantas veces, para huir de su casa con un hombre viejo y de tan mala reputacion.....

—Y no lo dudes, Alfonso, yo la he visto ante el altar, yo la he visto pasar á mi lado orgullosa y serena, del brazo de su esposo, y cuando me he acercado á hablarla, á reconvenirla, ciego de admiracion y de celos, ella me ha apartado desdeñosamente, diciéndome «no os conozco.» Esto es infame, ¿es verdad, Alfonso? infame.....

—Al menos es incomprensible.

—No, eso no; yo sí lo comprendo, lo comprendo todo, todo; la codicia entró en el corazon de esta mujer, por no sé qué ligas misteriosas, Don Alonso de Rivera venia á ser una persona necesaria para Esperanza, en la testamentaria de Don Pedro, y ella por quitarse un obstáculo, por hacerse de un aliado, por encontrarse sin duda rica y poderosa, lo ha sacrificado todo, todo, mi amor, mi felicidad, su juventud, sus juramentos.....

—Leonel, quizá haya en todo esto algun misterio que no puedes tú alcanzar; no culpes á esa jóven, quizá habrá sido mas desgraciada que criminal.

—Hermano mio, la nobleza de tu corazon te lleva siempre á disculpar las faltas de todos, pero ahora esa benevolencia se engaña, si hubieras visto á Esperanza cómo iba satisfecha de sí misma, cómo me miró con desprecio, ¡oh! entonces no la disculparias, como yo no la perdonaré nunca!

—Somos crueles, Leonel, con los demas, y demasiado indulgentes con nosotros mismos: ¿qué contestarias á Doña Esperanza si ella hubiera sabido tus amores con Doña Catalina, si ella te hubiera reclamado la fe de tus promesas y tus juramentos?

Don Leonel bajó los ojos y cayó.

—Pero ya Doña Esperanza está perdida para tí; una vez unida á otro hombre, no te es permitido ni pensar siquiera en ella, ni recordarla; debes evitar un encuentro con ella: si la amaste no debes hacerla desgraciada; quizá ella te ame aún, quizá algun compromiso terrible la haya hecho dar su mano á ese hombre, y llore en secreto su pasion por tí; y entonces ¿será digno, será noble que tú te acerques á ella, que le dirijas reproches, que le recuerdes lo que debe olvidar para siempre, que la pongas en la espantosa situacion ó de morir de pena ó de faltar á sus deberes?

—No, nunca, nunca cometeré semejante vileza. Viva feliz y estaré contento.

—Así, así te quiero ver, hermano mio, con esos arranques de nobleza y de generosidad: si ella, como yo creo, te ama, y tú la amas tambien, haced un esfuerzo, sobreponeos, y quizá el tiempo y otro nuevo amor os hará olvidar vuestra desgracia.

—Me parece imposible.

—Nada hay imposible para Dios, y míralo patente; cuando era segura tu desgracia, y ya esa Doña Catalina interesaba tu corazon, y ya sentias por ella el principio de un amor que puede ser tu remedio.....

—Es verdad.

—¿Tú amas ya á Doña Catalina?

—Creo que sí.

—¿Y tú crees que es una mujer digna de tu amor?